

## ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA RESURRECCION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Surrexit.* (Marc. xvi).  
Resucitó.

1. El tan disputado camino del cielo desde hoy queda libre... Jesús, que murió hace tres días, hoy ha resucitado inmortal... Ved cuál viene del sepulcro... En vano Ambrosio y Agustín... En vano Zenón y Basilio... Todas estas cosas son antiguas...; el nuevo espectáculo es un cuerpo que deja de ser cadáver, volviendo sin ajena cooperación á una vida imperecedera: *Jam non moritur*. Fijad en él toda vuestra atención..., y contemplando la vuestra en la resurrección de Jesús, gozad juntamente la alegría del bien presente y la esperanza del venidero.

2. La adorable humanidad de Jesús fue tan feliz y gloriosa, ya desde su concepción, como podía serlo después de su resurrección..., pero el hacerse responsable de nuestros pecados le prohibió en algún modo toda manifestación de beatitud... Símil del luto de los nobles personajes... Hoy el que padeció como hombre, aparece triunfante como Dios... Ya no falta sino que se dé á conocer para que *omnis lingua confiteatur*... etc. Por eso resucita... Por eso se levanta con el alba... Por eso baja en persona á las subterráneas... Id ahora á visitar su sepulcro... Entrad en Jerusalén... Buscad á Jesús Nazareno... Símbolos bajo los cuales está figurada en la Escritura la gloria de su resurrección... Figuraos la agradable sorpresa de los discípulos y Madre de Jesús al ver... Figuraos también... Símil de Tobías... Diferentes apariciones de Jesús resucitado... ¡Con qué dulce amabilidad solía!... ¡Qué maneras tan corteses!... ¡Qué dádivas tan preciosas no hizo á sus Apóstoles!... Á Pedro le da la primacía... Otorga á todos sus Apóstoles... ¿Qué hacen entre tanto sus enemigos?... En sobornar á los guardas del sepulcro... ¡Oh desventurada Sinagoga! Solo tú escapaste, dice san Agustín... Mas no importa... ¿Qué mayor gloria para Jesucristo resucitado?... ¿Qué partido podía adoptar el Sinedrio? Vista su obstinación no le

quedaba otro recurso que llamar á los soldados, y... ¡Oh estúpida perfidia! exclama san Agustín... *Dormientes testes adhibes?*... ¿Es posible que los tímidos discípulos?... ¿Quién ha inspirado á esos pescadores tamaña osadía?... ¡Miserables enemigos del Hijo de Dios! ¿No os había él predicho por boca del profeta Miqueas?... Caeré cual esforzado Sansón, pero... Caeré, sí..., pero... Entonces sabrán Caifás y Herodes... Veráme el Presidente romano... Así confunde Jesucristo... Los que le fueron rebeldes, hoy conocen, como advierte san Isidoro,... Cuando menos lo pensaban, dice san Agustín,... *Si Deus, ut quid venit? Si homo, ...* Dejemos que desahoguen los protervos sus iras... Cuando vean que aquella cruz... Cuando todo cristiano... Hasta en las más bárbaras y remotas playas se levantará... ¡Oh gloria, oh nombre de Cristo! ¡Qué día para él y para nosotros!... ¡Cuánta paz, ... cuánto terror!... ¡Cuánto debemos amar sus penas para alcanzar sus glorias!... ¡Qué fe, qué esperanza debemos tener en su resurrección, pues ella nos abre el camino de una nueva vida!...

3. La resurrección del Salvador es una fiesta tan nuestra como suya, dice san Gregorio, y san Leon lo confirma diciendo: *Quo præcessit gloria capitis*... Ella nos da la esperanza de estar unidos un día con Jesús por la gloria, como lo estamos aquí por la gracia... Consolaos, pues... Dos cosas os anuncio... ¡Ay! ¡cuán torpe es la herejía que niega la resurrección de nuestros cuerpos!... ¡Qué sería del hombre si...

4. Job... Su esperanza de resucitar, ... y de ver á su Redentor... *Quem visurus sum, ... reposita est hæc spes mea in sinu meo*. Corróame ahora las úlceras, devórenme las llagas... Depositad, oyentes, en vuestro pecho esta esperanza... Decid con san Francisco de Asís: Es tan grande... Procurad, ó penitentes... La resurrección de los cuerpos tan dulce para el justo, es lo más espantoso para el pecador... ¿Habrás quizás aquí alguna alma?... Los malos, lejos de amar su cuerpo, lo aborrecen de muerte... ¡Por Dios, avergonzaos de... Tened ideas más dignas de... Dirigid, gobernad santamente vuestros cuerpos, ... á fin de que en vez de atemorizarse de, ... se consuelen con la esperanza de la vida futura: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro*.

## SERMON I

SOBRE LA RESURRECCION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Surrexit. (Marc. XVI).*

Resucitó.

1. Después de treinta y tres años de obstinados combates, ha-se, por fin, alcanzado en justa guerra y en premio de la mas completa victoria que el infierno deje libre el tan disputado camino del cielo. Este es aquel victorioso día en que, forzadas las subterráneas puertas y abiertas las cárceles del abismo, muéstranse á sus escuálidos moradores las suspiradas insignias de su perdida libertad. Oigo ya el fragor de los hierros que caen y de las cadenas que se rompen en mil pedazos. ¿Quién es aquel grande que, discurrendo á su placer por las regiones del alto y del bajo mundo, imprime en sus nuevos caminos tan hermosas huellas? Es Jesús, hijo de María, que murió hace tres días en el Gólgota, y que hoy ha resucitado inmortal. Miradle. ¡Gran Dios! qué relámpagos de majestad y de gloria! Ved cuál viene del sepulcro, donde ha dejado atónita la naturaleza y aterrada la muerte. En vano me mostrarían hoy Ambrosio y Agustin, cual objetos dignos de contemplacion, el sol riente, las estrellas alegres, los elementos gozosos: *Videtur mihi hæc dies cæteris esse lucidior, sol mundo clarior illuxisse, astra quoque, vel elementa lætari.* (In Festo). En vano Zenon y Basilio me harían observar desde los primeros albores de este día cuán grande homenaje le prestan los siglos, cuán gran tributo le pagan las estaciones: *Magnificus sæculorum pater adest dies, omni genere fructuum pollens.* Tales objetos helos visto ya en la cueva de Belen. Todas aquellas regiones honran el día en que nació Jesús Nazareno, y recuérdanlo tambien al florecer aquel triste Engaddi. Todas estas son cosas antiguas: el nuevo, el inaudito espectáculo de este día, lo que jamás hasta ahora había visto el mundo, es un cuerpo que, siendo poco antes cadáver, levántase, sin ajena coo-

peracion, del lugar donde yacia, y recobra por sí solo una vida inmortal. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur.* (Rom. VI). Este espectáculo, ó cristianos, es el que ahora absorbe todos mis pensamientos y afectos, arroba mi espíritu, embarga mi entendimiento é inflama mi corazon. Por tanto, deseo y os ruego, amados míos, que fijéis en él toda vuestra atencion. Venid á ver hoy conmigo la gloria de vuestro Padre resucitado, y contemplando en la suya vuestra propia resurreccion, gozad á un tiempo mismo la alegría del bien presente y la esperanza del venidero: *Ave María.*

2. Es indudable, oyentes míos, que la adorable humanidad del Redentor, desde el momento que en el seno de María se unió con el Verbo divino, fue tan feliz en el alma y tan gloriosa en el cuerpo, que no podia serlo mas despues de su resurreccion; de manera que, en virtud de la union hipostática, pudiera, si tal hubiese sido su voluntad, haberse mostrado durante su vida tan luminoso y bello cual hoy se muestra á todo el mundo. Pero no fue así, pues de propósito ocultó enteramente á nuestros ojos, y hasta vedóse á sí mismo en el colmo de sus dolores, aquella inefable gloria que del alma se le comunicaba al cuerpo; porque al hacerse responsable ante la ofendida justicia divina de los pecados de los hombres, había tomado una apariencia de culpabilidad que le prohibía en algún modo toda manifestacion de beatitud. Para mayor claridad diré que Jesucristo durante toda su vida obró á semejanza de aquellos nobles personajes que, aunque tienen en sus guardarropas numerosos y ricos adornos y preseas, sin embargo abstiéndense de ataviar con ellos sus personas y sus casas, en razon del luto que guardan por la muerte de algun ilustre miembro de su familia. Pero llega por fin un día, cual hoy lo es para el Señor, en que despliegan á la vista del mundo todas las pompas de la grandeza. En la cruz ha terminado para el Redentor la innoble representacion de siervo, reo y condenado: finido el luto que guardaba por la muerte del mundo; la divina justicia, ya satisfecha y aplacada, quiere que, como es razon, el que padeció como hombre, aparezca hoy triunfante como Dios. Tal es el origen y la causa del júbilo que hoy experimenta nuestro Salvador: este es aquel colmo de gloria á que se hizo acreedor por los méritos de sus padecimientos: *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.* (Luc. XXIV). El alma triunfante del Nazareno contéplase hoy en sí misma, y ve con admirable placer que para honra de su Padre y para la salvacion de los hombres, solo falta ya que se haga conocer y reverenciar de

todas las gentes como Hombre-Dios: *Et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.* (Philip. II). Por eso resucita tan alegremente y en medio del estrépito de la tierra que se conmueve, de la tumba que se abre y de los guardas que caen aterrados; por esto se levanta con el alba, y quiere derramar en el Oriente, antes que el sol, la luz de un nuevo día: *Ego feci in caelis, ut oriretur lumen indeficiens.* (Eccli. XXIV). Por esto baja en persona á las subterráneas cárceles, y prescindiendo de todo angélico ministerio, libertó con sus propias manos las santas almas que allí moraban, llevólas consigo y cogió en beneficio de ellas los primeros frutos de sus largos trabajos. Id ahora á visitar su sepulcro, y veréis unos Ángeles que levantan la losa y se sientan encima para escarnio y vergüenza de los incrédulos: *Surrexit, non est hic.* Entrad en Jerusalem, y hallaréis á cada paso hombres muertos muchos siglos hace, en cuyo semblante veréis pintada la alegría de un corazón necesitado: *Multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt.* (Matth. XXVII). Buscad á Jesús Nazareno, y no encontraréis mas que la sábana que lo envolvía, marcada con las señales de él, pero ya sin él: *Quid queritis viventem cum mortuis? Non est hic.* (Luc. XXIV). Paréceme que veo por todas partes saltar de júbilo las criaturas todas, festejando el triunfo de su Señor. Este, cuantas veces en las Escrituras quiso figurar la gloria de su resurrección, tomó por símbolos los objetos mas hermosos y risueños de la naturaleza. Ora decia que despues del hórrido invierno de su pasión apareceria cual en los dias mas alegres del año aparece risueña la primavera: *Jam hyems transiit, imber abiit et recessit, surge.* (Cant. II). Ora prometia que resucitaria cual una flor, que, mística ya y desecada, irguiese de repente el tallo y volviese á florecer, formando con su nueva vida el mejor adorno del jardín: *Refloruit caro mea: et ex voluntate mea confitebor ei.* (Psalm. XXVII). Ora indicaba que imitaria el ejemplo del águila, que, cuando entrada ya en años siente que se le caen las viejas plumas, revístese de otras nuevas, y rejuvenecida al par de ellas, tórname mas robusta y ágil que nunca, y desafia en la rapidez del vuelo al viento y al rayo: *Renovabitur ut aquile juvenus tua.* (Psalm. CII). Con estas figuras los antiguos oráculos significaban la gloria de aquella resurrección que ellos no debían ver. Mas los que tuvieron la gran felicidad de verla, enajenados de gozo, no pudieron ni supieron decir sino que la habían visto: *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre.* (Joan. I). Y en efecto, figuraos cuán agradable sorpresa debia

causar tanto á los discípulos como á la Madre del Crucificado el ver tan repentinamente lleno de luz y de divina belleza á aquel á quien poco antes vieran bajo tan distinto aspecto, es decir, tan afligido y humillado en la cumbre del Calvario. Figuraos tambien qué inmenso placer debia experimentar el mismo Jesucristo al manifestarse á sus amados siervos con tan nuevo atavío de majestad y gloria. Pongamos por ejemplo al jóven Tobías, el cual, ausente del país natal desde sus primeros años, regresa de lejanas tierras á su patria donde se le tiene por muerto; ¿qué diréis que piensa durante el camino? Piensa en la alegría que va á manifestarse en su casa tan pronto como pise sus umbrales: piensa en la voz con que se dará á conocer á sus padres, en el alborozo con que su madre y la familia toda saldrán á su encuentro, y en los gritos, los abrazos y los besos con que será recibido. Estos son los pensamientos que embarcan su mente y le hacen redoblar el paso, impaciente por llegar á las puertas del hogar doméstico y exclamar: ¡aquí estoy! Pues de una manera semejante preparábase el Redentor á presentarse á sus queridos amigos; pero con tanto mayor placer, cuanto mayores eran el amor y los dones que les llevaba. Efectivamente, cualquiera que lea en los Evangelios las muchas y diversas apariciones del Salvador, y los diferentes aspectos bajo los cuales se apareció, reconocerá la suma bondad é inteligencia con que procedió en todas ellas. Cuando se aparece á la Magdalena, toma el aspecto de un hortelano; al manifestarse á los dos discípulos que se encaminan al castillo de Emaús, vésele bajo la apariencia de un extranjero; cuando se presenta á los Apóstoles en la ribera del mar de Tiberiades, muéstrase en traje y figura de pescador. De esta manera gozábase Jesucristo en permanecer por algun tiempo con sus discípulos cual si fuera otro de ellos; y luego descubriase de improviso para aumentar el placer con la sorpresa. ¡Y con qué dulce amabilidad solia hacerles las primeras salutaciones! Ora les daba la paz: *Pax vobis;* ora les desvanecía sus temores: *Ego sum: nolite timere* (Luc. XXIV); ora les llamaba por sus propios nombres, como á María Magdalena; ora les daba familiarmente el nombre de hermanos: *Nuntiate fratribus meis.* (Marc. XXVIII). ¡Qué actos, qué maneras tan corteses y delicadas! Al reunirse con los dos caminantes, aparenta ir mas léjos, movido del secreto deseo de que le detengan: *Se finxit longius ire... Mane nobiscum.* Al presentarse á los discípulos, pídeles cariñosamente de comer, y se lo da él en seguida con esplendidez: *Puerinumquid pulmentarium habetis... Venite, prandete.* (Joan. XXI).

Despues de haberse despedido y separado de los Apóstoles, preséntase otra vez á ellos en el cenáculo, estando cerradas las puertas: *Venit Jesus, januis clausis.* (Ibid. xx). ¡Y qué dádivas tan preciosas no les hizo en sus frecuentes visitas y entrevistas! Una vez confirió á Pedro la primacía de su Iglesia: *Pasce agnos... Pasce oves meas.* (Ibid. xxi). Otra vez otorgó á los doce Apóstoles el poder de perdonar los pecados: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* (Ibid. xx). Otra vez, en fin, los constituyó en predicadores de su fe y operadores de sus prodigios por todas las comarcas y confines del universo mundo: *Euntes in mundum universum, predicatote Evangelium omni creaturae... Signa eos qui crediderint, hæc sequentur* (Marc. xvi); y en tanto que Jesucristo resucitado colma de alegría á sus amigos, ¿qué hacen, qué piensan sus enemigos? Esos grandes y nobles varones están actualmente sobornando con gruesas sumas de dinero á los guardas del sepulcro para que todos de comun acuerdo dén á entender que mientras estaban durmiendo vinieron los discípulos en medio de la noche, y hurtaron el cadáver de su Maestro. ¡Oh cien veces desventurada Sinagoga! tú eres la única que has faltado á la grata prediccion que hizo Jesucristo cuando dijo que al ser elevado de la tierra arrastraria consigo al mundo entero: *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum.* (Joan. xii). Solo tú, dice san Agustin, le escapaste al tiempo de recoger sus amorosas redes; y donde fueron cautivados con otra multitud de gente extraña el árabe, el indio y el moro, no pudo serlo el judío. *Credit calum, credit terra, et sagena, que totum mundum piscata est, Judæos tenere non potuit.* (Serm. I in die Pasch.). Mas no por esto resultan vanos los infalibles oráculos del Señor de las gentes, que ha resuelto sujetarlas á su voluntad, ó para triunfo de su misericordia, ó para trofeo de su justicia: *Ut in nomine Jesu omne genu flectatur, celestium, terrestrium, et infernorum.* (Philip. ii). De manera que no solo los amigos de Jesucristo, sino hasta sus mismos enemigos concurren hoy á pesar suyo á celebrar su triunfo. ¿Qué mayor gloria para Jesucristo resucitado, que la de ver hoy á los Escribas y Fariseos, antes tan orgullosos, obligados á temerle despues de muerto mas que durante su vida? ¿Qué palidez produjo en el semblante de aquellos hombres la impensada noticia de la resurreccion de Jesús Nazareno! Sabido el hecho y examinadas sus pruebas, levántase entre ellos un confuso rumor; despiden las guardas, convocan el Sinedrio, proponen y discuten varios partidos. Mas ¿qué partido podia adoptarse en se-

mejante caso? ¿Callar, disimular, cerrar secretamente el sepulcro y hacer creer que el Nazareno permanecía en él sepultado? Pero ¿quién tendrá valor para volver á colocar aquella lápida? ¿Quién será capaz de desafiar el poder de aquellos Ángeles dispuestos á matar al primero que se les acerque? ¿Se publicará, pues, que algunos se han introducido por ocultos y subterráneos senderos en el sepulcro, y lo han abierto? Mas ¿cómo era posible esto, estando el sepulcro vaciado en la dura peña del monte? ¿Se confesará por último la verdad de la odiosa resurreccion, atribuyéndola empero á milagro de algun santo profeta enterrado en algun lugar? Esto nadie lo creará, por cuanto el sepulcro habia sido fabricado por órden de José para servir de sepultura á los de su familia. Por tanto no quedaba á la desconcertada malicia de los judíos otro recurso que llamar á aquellos soñolientos soldados y obligarles á fuerza de dinero á divulgar la gran nueva de su famosa vela: *Pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: dicite quia Discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, vobis dormientibus.* (Matth. xxviii). ¡Oh ciega y estúpida perfidia, exclama indignado san Agustin, que te atreves á poner por testigos de un falso hecho á unos hombres que por propia confesion estaban dormidos cuando aquel se verificó! *Dormientes testes adhibes?* Pues qué, ¿ni el ruido que debió hacerse para abrir el sepulcro, ni el estrépito que debió causar al caer la gran piedra que lo cerraba bastaron á interrumpir el sueño de los guardas? ¿Es posible que los tímidos discípulos se atrevieran á tanto, fiados únicamente en el sueño de los soldados armados? Y ahora cabalmente que se han llevado el cuerpo de su Maestro, ¿se atreven á proclamar su resurreccion? Ellos que no tuvieron valor para seguirle durante su vida, cuando le tenian por un gran profeta, ahora que, si no viviese, deberian tenerle por un vil impostor, ¿le siguen, le aplauden y aclaman por su Maestro y Señor? ¿Cómo es esto? ¿Quién ha inspirado á esos pescadores tamaña osadía? ¿Quién les paga á ellos, quién les da aliento para proclamar en presencia de la Sinagoga, con la resurreccion gloriosa de un condenado, la palmaria injusticia de su condenacion? ¡Miserables enemigos del Hijo de Dios! ¿no os habia él predicho desde remotos tiempos por boca de su Profeta, que os duraria poco la satisfaccion de haberle oprimido? *Ne lateris inimica mea super me, quia cecidi: consurgam cum sederò in tenebris.* (Mich. vii). Caeré, cual esforzado Sanson, sobre mis enemigos, mas no para morir juntamente con ellos: *Ego consurgam.* Me levantaré de en medio de las ruinas pa-

ra vergüenza y confusion de los que conmigo cayeron, mas no se levantaron conmigo: *Consurgam cum sedero*. Caeré, sí, pero como aquel que preve su caída, y por esto caeré, no cual el que cae para morir, sino como el que se sienta para descansar. Caeré, mas para levantarme sobre las cabezas de mis competidores y convertirlas en escabel y peana para el pié triunfante que las huella: *Ponam inimicos meos scabellum pedum meorum*. (Psalm. cix). Entonces sabrán Caifás y Herodes quién fue aquel que compareció ante su tribunal. Pondré sobre los mismos umbrales de sus palacios los fundamentos de mi nueva Iglesia, y á vista de ellos me haré llevar al templo por mis nuevos sacerdotes, y les haré quitar de las manos aquel incienso que los impíos nunca quemaron en sus altares: *Aspiciet inimica mea, et operietur confusione*. (Mich. vii). Cuando haya destruido la Sinagoga, sentirá la idolatría el peso de mi mano. Veráme el Presidente romano caminar hácia Roma y hacer adorar allí la ignominia de aquella cruz á que antes me condenara otro de sus predecesores, y establecer allí mismo sobre el mas alto trono del mundo, en lugar del temible César, á un humilde pescador. *Aspiciet, aspiciet inimica mea*. Así avergüenza y confunde Jesucristo á sus enemigos. Pero ¡cuánto mayor es la vergüenza y confusion de los que le han sido rebeldes! Escucha, ó muerte, ó yeme, ó infierno, temed, ó abismos: *Ero mors tua, ó mors, morsus tuus ero, inferne*. (Osee, xiii). Cristo, antes de su resurreccion, era considerado por aquellos como un hombre admirable, pero no divino; y por esto le habian combatido mas bien como á enemigo que como á rival de su imperio; pero hoy, como advierte muy oportunamente san Isidoro, conocen su necia ceguedad, por efecto de la cual, no acertando á distinguir en el Hombre-Dios las dos naturalezas, mientras cual peces hambrientos se abalanzan sobre la naturaleza humana, enrédanse en la divina, y quedan presos en aquel anzuelo que alegres iban á devorar como una presa. Cuando menos lo pensaban, dice san Agustín, viéronle aparecer en su profundo reino á manera de un rey, visitar las cárceles y dar libertad á los presos sin prevenir ni avisar siquiera á los guardas. ¿Quién es, dicen, este que con tal imperio manda en ajena morada? *Unde est iste tam fortis, tamque terribilis?* (Homil. II de Descensu ad inferos). Si es Dios, ¿por qué viene á nuestra mansion? y si es hombre, ¿cómo viene? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Si es hombre, ¿qué poder tiene sobre el infierno? *Si Deus, ut quid venit? Si homo, quid præsumit? Si Deus, quid in sepulchro facit? Si homo, quare peccatores solvit?* Es un Señor mas

fuerte que nosotros. Su ademan no es suplicante, sino imperioso; sus actos no son propios del que va á pagar tributo, sino del que viene á exigirlo. Temamos á un huésped que se presenta como invasor, á un reo que procede como juez, á un hombre que truena como un Dios: *Invasor iste, non debitor, exactor est, non precator; venit jubere, non succumbere, eripere, non manere*. Dejemos que desahoguen los protervos sus iras, que mayor, mucho mayor será por cierto su despecho y su rabia cuando vean que aquella cruz, en que tanto desearon verle clavado, se convierte en manos de Cristo en arma la mas poderosa para combatirles y derrotarles; cuando todo cristiano tendrá la facultad de arrojarles, con una simple señal de la cruz, de los cuerpos que opriman con su presencia, é imponer silencio á sus mentirosos oráculos; cuando la nueva ley de gracia les pondrá un freno que morderán siempre rabiosamente sin poder romperlo jamás: *Morsus tuus ero, inferne* (Osee xiii); cuando, en fin, recorriendo con temerosos pasos toda la tierra, tropezarán á cada instante con aquella cruz, que persiguiéndoles siempre por nuevos caminos en la tierra y en el mar frustrará todos sus proyectos homicidas con el admirable trofeo de su victoria. Hasta allá, en las mas bárbaras y remotas playas de ambos mundos, se levantará enfrente de las infieles naves, que se verán obligadas á apartar al pié de la cruz, para adorarla, antes de tomar tierra para combatirla: *Ut qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur*. (Eclesia). *Ero mors tua, ó mors*. (Osee, xiii). *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*. (Joan. xii). ¡Oh gloria, oh nombre de Cristo! ¡Oh alegría, oh esperanza de nosotros los cristianos! ¡Qué día es este para él y para nosotros! ¡Cuántos amigos se alegran, cuántos enemigos rabian con ocasion de él! ¡Cuánta paz infunde á los unos, cuánto terror inspira á los otros! ¡Cuánto le aman los que le siguen, cuánto le temen los que huyen de él! ¡Qué placer el de aquella grande alma, qué esplendor el de aquel cuerpo glorioso! ¡Qué mutacion de estado, qué exaltacion, qué imperio, qué potestad tan grandes! Adios, falda del monte Olivete, cumbre del Gólgota, adios! *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur. Mors illi ultra non dominabitur*. (Ad Rom. vi). ¡Cuánto debemos hoy enamorarnos de aquella humanidad sacrosanta, cuánto debemos amar sus penas para alcanzar sus glorias! *Si sustinebimus, et conregnabimus*. (Tit. ii). ¡Qué fe, qué esperanza debemos tener en esta tan feliz resurreccion, toda vez que al resucitar hoy Jesucristo, nos ha abierto los caminos de una nueva vida! *Notas mihi fecisti vias vite*. (Psalm.

xv). Caminos por los cuales, siguiendo las primeras huellas que en ellos imprimió nuestro Salvador y Dios, podemos llegar á vivir con él y por él eternamente dichosos en aquel reino de gloria, que siendo primero gracia suya, será despues nuestro mérito y nuestro eterno patrimonio.

3. La gloriosa resurreccion del Redentor es una fiesta tan nuestra como suya, dice el papa san Gregorio; y san Leon nos da la razon de esto diciendo con mucha oportunidad que es imposible que los miembros todos dejen de experimentar la gloria de la Cabeza: *Quo præcessit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis*. La fiesta que hoy celebra el Cristianismo consiste toda en aquella dulce y firme esperanza que tiene el cristiano de que algun dia él tambien resucitará con Jesucristo, y se le unirá por la gloria tan estrechamente como aquí le estuvo unido por la gracia. Consolaos, pues, y enjugad las lágrimas, ó almas afligidas: terminará vuestro llanto y se convertirá en una alegría que no tendrá fin. Dos cosas os anuncio; no las olvideis: la primera, que vuestro llanto terminará, lo cual constituye un miserable consuelo, aun para los incrédulos; la segunda, que vuestras lágrimas se convertirán en una alegría sin fin, en lo que consiste todo el consuelo de los corazones cristianos. ¡Ay de mí! ¡qué compasion fue la mia al leer en san Agustin la torpe herejía de los que niegan la posibilidad de la resurreccion de nuestros cuerpos! ¡Miserables soñadores! ¿Qué sería del hombre si todo acabase para él aquí bajo? ¿Qué vida, qué muerte serian peores que las suyas? Todas las criaturas, sensibles é insensibles, tienen un centro en que descansan, un bien que las satisface; mas nosotros, espíritus siempre inquietos y descontentos de nuestro estado, si no nos quedara la esperanza de otro estado mejor, ¿á qué se reduciria nuestra existencia sino á vivir siempre hambrientos y nunca saciados de un bien que no poseeríamos durante la vida, ni esperaríamos poseerlo despues de la muerte?...

4. Estaba el triste y atribulado Job exponiendo á sus afligidos amigos la miseria de su estado, cuando de repente, iluminado por un rayo de luz celestial, previendo la remota venida del Redentor que tantos bienes debia traernos, abre los ojos, serena el semblante, y transportado de alegría, exclama: ¡Amigos, dadme al instante con que escribir! *Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei!* (Job, xix). ¡Ah! cosas entiendo ahora, que quisiera fuesen escritas en mármoles y en bronces para perpétua memoria de la posteridad! *Quis mihi det, ut exarentur in libro stylo ferreo, et plumbi la-*

*mina, vel celte sculpantur in silice!* (Ibid.). ¿Qué anuncios son estos, ó Job, y quién te inspira tanto vigor y tanto aliento? ¡Ah! bien lo sé yo: *Scio quod Redemptor meus vivit*. Apresurad, ó siglos, vuestro curso, y llegue el dia destinado á tan grande regocijo. Vive mi Redentor, y veo ya empezar mi vida despues de su muerte, y venir mi resurreccion despues de la suya: *In novissimo die de terra surrecturus sum, et rursus circumdabo pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum*. (Ibid.). Ahora corróanme las úlceras, devórenme las llagas, caigan á pedazos todas mis miserables carnes, que se harán de este modo mucho mas hermosas: *In carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est hæc spes mea in sinu meo*. (Ibid.). Notad, ó cristianos, estas últimas palabras: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*. Depositad en vuestro pecho esta esperanza; dulcificad con ella toda la amargura de vuestros males; decid á menudo con san Francisco de Asis: Es tan grande el bien que espero, que toda pena se me convierte en placer. Procurad no perder nunca esta esperanza, sobre todo vosotros, ó penitentes, que acabais de renacer á la gracia, y trayendo á la memoria los pasados años, que tan miserablemente habeis perdido, considerad el estado de envilecimiento y abyeccion á que reduce el pecado á nuestras almas. La futura resurreccion de los cuerpos, que tan dulce creencia constituye para el hombre justo, es el artículo de fe mas espantoso para el pecador. Hay tanta diferencia, hermanos míos, entre unos y otros cristianos, que los buenos nada desean mas, y los malos nada temen tanto como la resurreccion. ¡Dios de bondad! ¿habrá quizás aquí alguna alma que mas de una vez se haya envilecido hasta el extremo de abrigar el deseo de ser mortal, para no tener que resucitar algun dia con su culpable cuerpo? Algunos dicen que los malos aman demasiado su cuerpo; mas yo digo que lo aborrecen de muerte, supuesto que en vez de conservarlo puro, para volver á gozarlo resucitado, quisieran que no resucitase nunca, para mantenerlo siempre en estado de impureza. Por Dios, avergonzaos de tan torpes sentimientos! tened ideas mas dignas de la nobleza y sublimidad de vuestra naturaleza: *Glorificate, et portate Deum in corpore vestro*. (I Cor. vi). Consideraos como almas destinadas á vivir en un reino eterno, y sed dignos de vuestro elevado destino. Dirigid y gobernad santamente vuestros cuerpos, de manera que en vez de atemorizarse con la idea de la muerte presente, se consuelen con la esperanza de la vida futura: *Glorificate, et portate Deum in corpore vestro*. Amen.